

Sud y del Norte al Sudeste, de modo que se conocía que la violencia de la corriente pelágica las había desgastado (1).

§ III.

Durante este viaje en que el Almirante acababa de descubrir tantas cosas en tan poco tiempo, solamente del primero al diez y ocho de agosto, su raciocinio se muestra superior á sus mismos descubrimientos: divisa infinitamente más con el espíritu que con el andar de sus carabelas. Es nada lo que él abraza con su mirada comparado con lo que percibe su intuición. Ese hombre, abrumado por el sufrimiento, casi ciego, lo ha visto y observado todo objetiva y subjetivamente: la Tierra, sus producciones, su verdura; el aire, su cualidad, sus influencias, su temperatura, su frescor. Así, pues, conforme lo pensaba él ántes de su partida, aquel viaje emprendido en nombre de la Santísima Trinidad no era ménos importante que su primera expedición. Regresaba despues de haber hecho la pacífica conquista de tres grandes verdades, de tres hechos cosmográficos útiles para siempre á las ciencias.

La existencia del Nuevo Continente.

El entumecimiento ecuatorial.

La gran corriente oceánica.

El menor de estos tres descubrimientos hubiera asegurado la inmortalidad de un hombre. Á esta revelación de las grandes leyes del globo, á esos conocimientos capitales para el porvenir del espíritu, se habían unido, multiplicadas por su genio, observaciones curiosísimas, preciosas para la ciencia.

Ademas de esta adquisición hecha en provecho de la humanidad, poseía desde entónces Cristóbal Colon una certeza científica que no se apoyaba todavía en ningun testimonio, ni observación ninguna, pero que no dejaba por esto de estar ménos sólidamente fija en su ánimo. Sabía, sin que pudiera decir cómo, que allende esta gran tierra, de donde salía ese río inmenso, se hallaba todavía el Océano. Lo sabía; más adelante lo probaremos; lo sabía, porque lo afirmó.

Al traves de la tribulación del dolor físico, le alcanzaban en las profundidades de su reflexión ciertas luces súbitas, fecundadas por el poder de Aquél de quien

(1) «Y por esto han comido tanta parte de la tierra porque por eso son acá tantas islas, y ellas mismas hacen desto testimonio, porque todas á una mano son largas de Poniente á Levante, etc...»—*Tercer viaje de Cristóbal Colon.*

proviene *toda inteligencia y todo don perfecto*. Colon entreveía mucho más de lo que decía.

Pero la importancia de ese tercer viaje era tal que ya no quedaba por hacer ningun descubrimiento notable, y dejaba muy poco por hacer á las generaciones venideras. Gracias á Colon, el mundo entero quedaba en adelante abierto á la investigación del hombre. De tres siglos acá, nadie ha descubierto en las leyes de la naturaleza nada tan vasto, profundo y fundamental para la ciencia. De tres siglos acá, nadie ha sacado de ningun viaje tantas adquisiciones intelectuales.

Debe observarse que la Relacion de Colon acerca de su tercer viaje, tan comentada y criticada por cierta escuela, no era una Memoria redactada tranquilamente en el silencio del bufete, sino una verdadera improvisación escrita á vuela pluma en alta mar. Guardando cama el Almirante en su camarote, la había dictado á uno de sus dos secretarios, Diego de Alvarado y Bernardo de Ibarra. Este documento lleva impreso el carácter de la improvisación y la fecundidad del pensamiento. La erudición de Colon se veía condensada en ella (1) si el saber no desapareciera enteramente ante la grandeza de la síntesis, la inmensidad de las miras, la profundidad de las revelaciones, los aspectos nuevos ofrecidos á la reflexión de sus contemporáneos. Ese documento contiene pruebas evidentes, que manifiestan haber sido redactado durante la travesía de la isla Margarita á la Española.

§ IV.

El Almirante se había encaminado directamente hacia Santo Domingo, ciudad que don Bartolomé debía haber hecho construir durante su ausencia; pero las corrientes y los vientos del Este le arrastraron á otro punto, por cuya razón cuando pensaba tocar el puerto en la embocadura del Ozama, se encontró delante de la pequeña isla Beata. Por de pronto se asombró el Almirante de ese error de cálculo; sin embargo, su reflexión halló muy pronto en él la prueba y confirmación de su descubrimiento de la gran corriente pelágica. Temiendo que el viento contrario y la fuerza de la corriente le retardaran demasiado tiempo, envió una embarcación á la orilla para encontrar un indio que se encargara de ir al traves de los montes á avisar

(1) Colon cita en este escrito, sencilla y espontáneamente, sin darse cuenta de la erudición de que dá pruebas: la Sagrada Escritura, la Historia romana, Ptolomeo, Strabon, san Ambrosio, Beda, san Isidoro, Escoto, Nicolás de Lyra, Averroés, Aristóteles, Séneca, al cardenal Pedro de Ailly, san Agustín, el libro de Esdras, Francisco de Mairones, etc.

al Adelantado, y continuó navegando hacia el puerto. Al cabo de pocos días divisó una carabela que maniobraba para reunirse. Era don Bartolomé que acudía á su encuentro. Por desgracia, su hermano mayor necesitaba más que nunca de su adhesión y afecto. Desde su partida de las islas del Cabo Verde, devorado el Almirante por la fiebre, aquejado por la gota y atacado de una oftalmia de las más dolorosas, no había experimentado ningún alivio en sus largos padecimientos. Llegaba pálido, enflaquecido, casi ciego, necesitado del reposo del cuerpo y del sosiego del espíritu; y sin embargo, la ingratitude, el crimen, que durante su ausencia habían puesto la isla en conflagración, no habían de permitirle una hora de quietud y de calma reparadora.

Amenazábanle ya de cerca las malas noticias, el anuncio de engaños, los presagios de las tribulaciones y de las penosas pruebas que el lapidario de Búrgos había animosamente predicho á Cristóbal Colón.

CAPÍTULO III.

SUCESOS OCURRIDOS EN LA ESPAÑOLA DURANTE LA AUSENCIA DEL ALMIRANTE.—PROHIBICION HECHA, POR ÓRDEN SUYA, Á LOS MALOS CRISTIANOS DE TRABAJAR EN LAS MINAS.—DESCONTENTO DE LOS CASTELLANOS.—VIAJE DEL ADELANTADO Á XARAGUA.—CORTE DE LA REINA POETISA ANACOANA.—EL GRAN CACIQUE BEHECHIO CONSIENTE EN PAGAR EL TRIBUTO.—DURANTE LA AUSENCIA DEL ADELANTADO SE INSURRECCIONA EL GRAN JUEZ DE LA ISLA.—LLEGADA DE LAS TRES CARABELAS QUE EL ALMIRANTE HABÍA ENVIADO DIRECTAMENTE Á LA ESPAÑOLA AL SALIR DE LAS ISLAS CANARIAS.—EL REBELDE ROLDAN OBTIENE DE ELLOS VÍVERES Y ARMAS.—DE CUARENTA CRIMINALES DESEMBARCADOS BAJO LAS ÓRDENES DEL CAPITAN JUAN ANTONIO COLÓN, SE PASAN TREINTA Y TRES Á LOS INSURRECTOS.

§ I.

Para saber en qué circunstancias volvía el Almirante á empuñar otra vez las riendas de su gobierno, echemos una ojeada á los acontecimientos ocurridos en la Española durante su ausencia, esto es, desde el día 10 de marzo de 1496 al día 30 de agosto de 1498.

Al salir de la isla había el Almirante prometido á los colonos que les enviaria socorros dentro de muy poco tiempo. Las tres carabelas llegadas al mando de Pedro Alonso Niño estaban á la verdad cargadas de viveres; pero tanto por la calculada tardanza de las oficinas de marina en su aprovisionamiento, como por el poco cuidado que se tuvo en su conservacion, inutilizóse durante la travesía la mayor parte del cargamento consistente en viveres; de manera que aquel primer socorro fué casi ilusorio. Desde entónces hasta el día en que el Almirante, desazonado por la suerte de la Española, esperando el completo armamento de las seis carabelas destinadas á su tercera expedicion, había hecho partir, al mando de Pedro Coronel, las dos primeras que estuvieron listas, habían trascurrido catorce meses (1), sin que los desdichados habitantes de la Colonia hubiesen recibido

(1) «... Que pasados mas de catorce meses de su partida no había cumplido la palabra de mandarles socorro.»—Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. VI, § 10.